

MODERNIZACION EN UN PUEBLO DE LAS ISLAS CANARIAS

1

A finales de la década de los sesenta la investigación social tuvo en España un auge espectacular, respondiendo a las profundas transformaciones habidas en el sistema económico y en la vida social del país. Tales transformaciones han afectado de forma particular y radical a la estructura agraria, convulsionando la composición y organización de las comunidades rurales. En un reciente libro publicado por Barral Editores con el título de "Los aspectos cambiantes de la España rural" los profesores norteamericanos William A. Douglas y Joseph B. Aceves han recopilado una serie de diferentes trabajos realizados en torno a las transformaciones sufridas por varias comunidades rurales del país. Uno de ellos, realizado por Kenneth Moore, de la Universidad de Notre Dame, está dedicado a un pueblecito del sur de Tenerife: Los Santos.

Uno de los aspectos más importantes del estudio sobre el cambio social atiende a los efectos relativos que surte el empleo del poder sobre la situación de cambio.* Los estudios sobre la modernización han demostrado la importancia de las sanciones económicas, militares y políticas, aunque también han revelado que existen otros factores de igual o mayor importancia. Como muy bien saben los antropólogos, las fuerzas coercitivas de las potencias mundiales se han mostrado, muchas veces, impotentes ante la terca resistencia de las sociedades tradicionales, mientras que ciertos agentes de cambio que parecían ser insignificantes han estimulado unos procesos que han terminado por producir alteraciones significativas en los valores y en la estructura social.

El estudio del cambio en Los Santos, aldea de las Islas Canarias, es original en cuanto proporciona un ejemplo de cambio rápido iniciado por agentes exteriores: que se caracterizan por su casi total carencia de poder - en este caso, siete suecos inválidos, de medios limitados-. Demuestra que cuando las precondiciones son las adecuadas, el cambio rápido puede ocurrir con un mínimo de estímulo externo. Ahora bien, en cierto sentido, la norma del cambio en Los Santos no es desacomunada, ya que algo muy parecido se ha producido en numerosas aldeas costeras de España en los últimos diez a quince años.

AÑO BASE

En 1955, Los Santos era una aldea aislada de unos 1.200 habitantes. Debido a la sequía y a la mala calidad de la tierra, no había ni ganado ni ovejas ni huertas. Como animales domésticos se contaban unas 12 cabras y de 75 a 100 gallinas, que se alimentaban con los desperdicios caseros. Las dos actividades más importantes eran el trabajo del

campo y la pesca, si bien la primera era la que ocupaba a la mayoría de la gente.

La aldea se encuentra situada en el extremo árido de la isla de Tenerife, a 75 millas del Sahara español, en la costa nordoccidental de Africa. La isla está dividida por el Pico de Teide (11.200 pies



de altura), que domina al centro y hace extremadamente difícil el desplazamiento de una a otra punta. Aunque los vientos dominantes del nordeste provocan fuertes precipitaciones en la parte norte que está cubierta de bosques de pinos, abedules y laureles, así como de cultivos de plátanos, el sur, como contraste, forma una extensión árida y

seca, surcada por oscuros regueros de lava petrificada. En el extremo sur, sobre las laderas de un pequeño volcán que domina al mar, se encuentra Los Santos. Nada florece aquí, ni silvestre ni cultivado, y sólo aparecen edificaciones construidas con cenizas volcánicas y las puertas pintadas de madera que cierran las cuevas horadadas en la ladera. En los años buenos llueve dos o tres veces, pero puede no llover durante tres o cuatro años.

Toda la tierra que en un perímetro de 20 Kms. rodea a Los Santos, pertenece a tres familias. La mayor parte de la tierra está en cuesta, y la que es productiva forma bancales y se riega para producir tomates que se venden en los mercados europeos. En 1955, casi todas las personas activas de Los Santos trabajaban en los campos de tomates, cobraban al contado y compraban todos los alimentos que necesitaban. La dieta consistía en una sopa hecha con harina de trigo y de maíz llamada gofio, verduras frescas y plátanos, y a veces de pescado cogido por los 20 pescadores locales en las vecinas y poco profundas aguas y, en raras ocasiones, en carne de buey, cabra o gallina.

A mediados de la década de 1950 los extranjeros eran algo insólito en Los Santos, y no pasaban de 50 las personas de la aldea que habían cruzado los montes para ir al otro lado de la isla. Los pocos que se habían atrevido a hacer el viaje de tres días de duración y setenta millas de largo, andando por los caminos de los acantilados a 500 metros sobre el nivel del mar, volvían contando cuentos sobre los calurosos y penosos días y sobre las espantosas noches llenas de brujas y de malos espíritus. La única comunicación regular con el exterior se debía a los camiones cargados de tomates, aunque los conductores, por lo general, procedían de la parte norte de la isla. Una vez al mes venía un sacerdote para decir misa

en la pequeña iglesia de la localidad. Sólo unas cuantas personas recibían por correo un periódico semanal de la parte norte de la isla y el monte impedía recibir las noticias de la emisora de la isla.

El comercio local consistía en tres bares que se abrían parte del día, un quiosco donde se vendían verduras frescas, un panadero con un horno en el patio trasero, una tienda de telas y una peluquería. No había ni restaurantes, ni carnicería ni farmacia. Al no haber electricidad, no había refrigeradores, y después de la puesta del sol la única fuente de luz para el interior de las casas se debía a las lámparas de queroseno. Los pescadores vendían la mayor parte de sus capturas a las mujeres de la aldea inmediatamente después de fondear sus embarcaciones. El extraño que llegase a la aldea podía comprar un bocadillo y algo de vino en alguna casa particular que guardaba pan, vino y queso junto a la puerta principal. Casi toda la ropa de vestir se cosía a mano en el mismo pueblo y el único calzado que se conocía estaba hecho con cuerdas atadas a suelas de goma sin forrar. Se hacían varios tamaños de zapatos pero los dos eran redondos por la parte delantera y se adaptaban a cualquiera de los dos pies.

La aldea estaba regida por un alcalde designado a dedo que era también alcalde de otro pueblo en el que vivía, distante ocho millas y situado en la ladera del monte. Los aldeanos se referían a sí mismos como gente totalmente desprovista de derechos políticos y de poder económico. Pero se enorgullecían de haber celebrado un carnaval inmediatamente después de la guerra civil española, a pesar de un decreto oficial prohibiendo la celebración de carnavales. Aparte de esto, estaban completamente sometidos al poder del Estado y de los caciques. La historia oral de la aldea atestigua que la tierra perteneciente ahora a las tres familias caciques pertenecía antes, en pequeñas parcelas, a todas las familias de la aldea. Se dice que los actuales propietarios consiguieron la propiedad de la tierra en un momento no bien determinado del pasado mediante trampas en el juego, falsificación de documentos oficiales y asesinatos.

LOS SUECOS

A principios de la década, un cierto número de pueblos de la parte norte de la isla se hicieron muy populares entre los turistas europeos como lugares para pasar el invierno. Unos cuantos visitaron la parte sur, pero raro era el que se quedaba, ya que era árida, calurosa y desagradablemente pobre. El primer europeo que vivió en Los Santos fue un veterinario sueco de mediana edad que estaba buscando, para vivir el resto de su vida, que no podría ser muy larga ya que estaba aquejado de una esclerosis múltiple, un lugar seco, cálido, aislado

Cambio social en un caserío del sur de Tenerife elegido como lugar de residencia por inválidos suecos

y barato. Antes había hecho una prueba en una aldea del Congo belga, pero al no encontrarse a gusto, se volvió a Estocolmo. Al hallarse en Los Santos se encontró con que era lo que estaba buscando, y el primer año que pasó allí, en 1956, escribió a seis amigos proponiéndoles que viniesen a reunirse con él. Los seis eran suecos a quienes había conocido en hospitales, y todos ellos eran lisiados a causa de la artritis, poliomielitis o alteraciones nerviosas. Todos ellos necesitaban una silla de ruedas y algunos apenas podían sostener el tenedor o el vaso. Los únicos que tenían una experiencia laboral eran los que se habían convertido en inválidos una vez adultos, pero todos ellos estaban bien educados. Ninguno de los seis era rico y algunos vivían de su pensión.

Los artríticos eran quienes más disfrutaban de las ventajas de vivir en Los Santos. El frío y la humedad de los inviernos de Estocolmo agravaban sus dolores, mientras que en el clima seco y cálido de Los Santos experimentaban un considerable alivio y una mejora en el funcionamiento de sus articulaciones. Para todos las ventajas consistían en una mayor movilidad y una más plena participación en la vida de la comunidad. En Estocolmo los desplazamientos para salir en la silla de ruedas a cualquier sitio de la ciudad exigían un molesto cambio de traje y la ayuda necesaria para entrar y salir del coche. Por lo tanto, la mayoría de los inválidos casi nunca salían de su piso.

Durante el año 1957, después de que llegaron los seis amigos del veterinario, los siete formaron un grupo, alquilaron una casa, contrataron un cocinero y muchachas de servicio y dieron a su casa el nombre de Casa Sueca. La baratura de la mano de obra en Los Santos les permitió alquilar achicos, generalmente de unos diez años, para que durante todo el día empujasen la silla de ruedas. Esto y el hecho de que la mayoría de las casas eran de un solo piso, con la entrada al nivel de la calle, les permitía desplazarse con relativa facilidad. El grupo se organizó para estudiar el castellano que llegaron a hablar con soltura a los seis meses.

La gente del pueblo se mostró extremadamente acogedora con los suecos tratándolos con el tradicional ritual que los españoles dispensan a sus huéspedes y que se caracteriza por la excesiva amabilidad, hospitalidad y ceremonia que sirven para mantener la distancia social, así como para ocultar a los extraños la estructura interna de la aldea. Aunque los suecos disfrutaban de un

status superior, la necesidad que tenían de la ayuda de la gente del pueblo en la rutina de la vida cotidiana hizo que sus relaciones entre ellos fuesen llanas y amistosas. Los suecos solían ser invitados a toda clase de fiestas y celebraciones y en su mayoría se apresuraban a aceptar. Dos de los suecos ayudaron a dar clases al maestro de la escuela, aunque su principal esfuerzo lo dedicaron a superar los inconvenientes debidos a la falta de energía eléctrica, refrigeración, carne fresca y otras muchas comodidades.

SEGUNDA ETAPA

En el periodo transcurrido entre 1956 y el invierno de 1961 — 62 ocurrieron los siguientes acontecimientos. Por razones de lucro y debido también a los valores tradicionales con relación a los huéspedes, la gente del pueblo reaccionó a todas y cada una de las peticiones y sugerencias hechas por los suecos. Así, por ejemplo, cuando el panadero vio que a los suecos no les gustaba el pan que hacía, les pidió una receta sueca y la incluyó en su producción diaria. El propietario del ultramarinos viajaba dos veces al mes al otro lado de la isla para comprar alimentos en conserva, especialmente salchichas, jamón, cecina y pescado. Todos los años aumentaba en cinco o seis el número de inválidos que llegaban al pueblo y, en muchos casos, con las mujeres, niños y madres. Amigos y parientes llegaban de Suecia para hacer unas visitas de dos semanas o dos meses. El propietario del ultramarinos construyó un segundo piso con habitaciones encima de su piso y almacén y después de terminarlo, añadió dos pisos más. Una persona de la otra parte de la isla que tenía parientes en la aldea abrió una pequeña pensión en la entrada de la aldea. El propietario de la misma instaló un grupo eléctrico para uso propio y vendió energía eléctrica a los que pagaron el tendido de las líneas necesarias. El grupo eléctrico funcionaba desde la puesta del sol hasta medianoche, y los que seguían levantados más tarde tenían que volver a recurrir a las lámparas de queroseno. Un paso importante, facilitado por las ganas que la gente del pueblo tenía de ver películas y por el creciente número de suecos, se dio con la construcción de un cine, financiado por uno de los tres propietarios principales. La electricidad necesaria para hacer funcionar el proyector se consiguió del propietario de la pensión. El primer restaurante, parecido a un puesto americano de venta de

MODERNIZACION DE UN PUEBLO DE LAS ISLAS CANARIAS

salchichas, con mesas en el exterior, se construyó frente al cine.

En 1960, 1961 y 1962 llegó a la aldea un cierto número de visitantes que no eran parientes de los inválidos y ni tan siquiera eran escandinavos. Siempre ha habido turistas en la isla, pero antes de esta época los que iban en autobús hasta la parte sur, después de cuatro horas de viajar a través del monte o a lo largo de los acantilados, sólo encontraban aldeas polvorizadas totalmente desprovistas de cualquier clase de servicios. En 1960, a diferencia de las demás aldeas, en Los Santos se podía contar con una pensión que servía comidas, un cine que daba películas los fines de semana, cuatro pequeños bares frecuentados por gente que hablaba sueco o inglés y un cierto número de apartamentos con bombonas de butano para los que querían cocinar en casa. En 1962 el número de extranjeros en Los Santos oscilaba entre 80 y 120, de los que 30 ó 40 no eran suecos, procedentes de diversos países europeos. La norma general del cambio puede describirse de acuerdo con las demandas emanadas de una comunidad de mercado y contestadas por los empresarios de la aldea. Los pequeños cambios iniciados por el panadero y por el propietario de la tienda de comestibles se repitieron un millar de veces en el transcurso del período de crecimiento. Las costureras locales hacían para las suecas unos vestidos que copiaban de las revistas de moda, y algunos de los pescadores alquilaban sus embarcaciones para hacer excursiones. El propietario del único restaurante compró una máquina para hacer helados, pero tuvo que comprar un grupo electrógeno, ya que necesitaba energía durante todo el día. Como podía producir más energía de la que necesitaba, vendió el exceso que representó en Los Santos la primera energía disponible durante todo el día. Como resultó rentable, compró un grupo más potente y consiguió más clientes.

En 1962, el punto focal de la comunidad era el cine. La afición de la gente del pueblo por las películas se convirtió en una verdadera pasión, y juntamente con muchos de los de fuera asistían a las tres sesiones del fin de semana. Al mismo tiempo, el cine se convirtió en el centro de galanteo para los solteros. Las chicas jóvenes a quienes se permitía ir al cine en grupos, se sentaban juntas si bien cada una de ellas se reservaba un asiento más, que más tarde eran ocupados por los chicos de su preferencia. Los adultos se sentaban en la parte posterior del cine, y detrás de los asientos fijos una amplia zona estaba reservada para las sillas de ruedas de los suecos.

Los chicos de la aldea, que maduraron entre 1957 y 1962, se desarrollaron

en un medio ambiente que contrastaba marcadamente con el de sus padres y el de sus abuelos. Las películas semanales que abarcaban un notable conjunto de las realizadas en Europa y América, deben considerarse como un factor fundamental. Tanto o más importante fue su desarrollo en una comunidad bicultural, en la que constituía un verdadero tópico la discusión entre los dos grupos sobre los méritos relativos de las dos tradiciones. La gente del pueblo tenía un profundo respeto por la tecnología, educación y formación de los suecos, aunque los consideraban como gente moralmente depravada. Los suecos, por su parte, respetaban la generosidad y la atención de la gente del pueblo, aunque muchos los consideraban como "estúpidos, retrasados y casi como animales". Una de las costumbres que sobre todo fastidiaban a los suecos era la fatiga ritual que desempeñaba la madre que se enteraba de que una hija suya soltera estaba embarazada. La madre, vestida por lo general de negro, deambulaba de una a otra punta de la calle principal, mesándose el cabello y clamando contra la injusticia que su hija había cometido contra ella. Anunciaba su dolor por la conducta de la hija, ensalzaba su propia pureza, repitiendo reiteradamente el nombre del padre. Por regla general, la pareja se casaba un mes después de la fatiga de la madre. También molestaba a los prácticos suecos la fe de los aldeanos en brujerías y sus promesas públicas a los santos, como la de llevar durante un año una cinta amarilla si la criatura esperada resultaba ser un niño.

Durante todo este período, la iglesia apenas se abría más que para celebrar la misa una vez al mes, y el vacío religioso se llenó con dos monjas secularizadas y de cierta edad, que llegaron a la aldea recogiendo dinero dando películas religiosas en las que cobraban una tercera parte de lo que cobraba el cine. Clamaban que la aldea estaba inundada por el pecado y acometieron una reforma de las costumbres anunciando públicamente en las esquinas de las calles todo chisme sobre conductas ilícitas de que podían enterarse. Los suecos y algunas personas de la aldea protestaron ante la policía y las monjas recibieron la orden de callarse. Ahora bien, para entonces ya tenían algunos seguidores.

Algunos de los chicos que para 1962 llegaron a la mayoría de edad, a través de los suecos se enteraron de las posibilidades de trabajo en Suecia, Holanda y Alemania. Los suecos les informaron también de la forma más barata de viaje y en ciertos casos les dieron nombres de parientes en cuya casa podían vivir hasta encontrar trabajo. Asimismo, en 1962 se celebró la primera boda entre un escandinavo y una persona del pueblo: el novio fue un danés de visita, y la novia, la hija más joven del panadero.

TERCERA ETAPA

El proceso descrito en estas tres etapas se inicia en una aldea que es homogénea y aislada. Después de diez años de frecuentes, pequeños y muchas veces imperceptibles cambios, la aldea se convirtió en una comunidad socialmente compleja, capaz de proporcionar muchos de los servicios que son necesarios en un centro turístico. Aunque muchos de los aldeanos continuaban trabajando en los campos de tomate, había otras muchas oportunidades, particularmente en la construcción y en las empresas de servicios. No sólo había una mayor selección en cuanto al trabajo asalariado, sino que además muchas familias que anteriormente se limitaban a completar sus ingresos con actividades comerciales o de servicios, ahora se ganaban la vida de una manera exclusiva con establecimientos comerciales, y no dejaban de acumular su capital.

Las mercancías que en 1955 se traían exclusivamente para los suecos como artículos de lujo, en 1965 formaban parte de la pauta normal de las compras realizadas por los aldeanos. Así, por ejemplo, la carne fresca era algo inexistente en la primera o segunda etapa. Si alguien quería carne de buey tenía que pedir al conductor del autobús que la comprase en Santa Cruz y que se la trajese en el siguiente viaje, un día o dos más tarde. Si la compra mínima de un kilo era más de lo que podía consumirse el primer día, el comprador tenía que salarlo o ponerlo en escabeche. En la tercera etapa, Los Santos tuvo su propio supermercado, con un mostrador en el que se vendía carne fresca. Un nuevo grupo electrógeno instalado junto a la puerta proporcionaba refrigeración durante todo el día. Aunque el supermercado sólo ocupaba una pequeña superficie, la presentación y forma de operar se modelaba de acuerdo con el sistema americano, con cestas de brazo, conservas para autoservicio y mostrador con una caja registradora. Dado el espacio inadecuado, el sistema no funcionó y la tienda volvió a funcionar según el modelo antiguo de servir uno a uno a los clientes mientras los demás charlaban. El propietario del supermercado era el marido de la mujer que atendía al puesto de verduras. Anteriormente había sido carpintero y albañil. Su mujer le enseñó a vender y los fondos necesarios para abrir el supermercado los consiguió alquilando las habitaciones de los pisos que añadió a su casa.

KENNETH MOORE
Universidad de Notre Dame

(Concluirá en el próximo número)



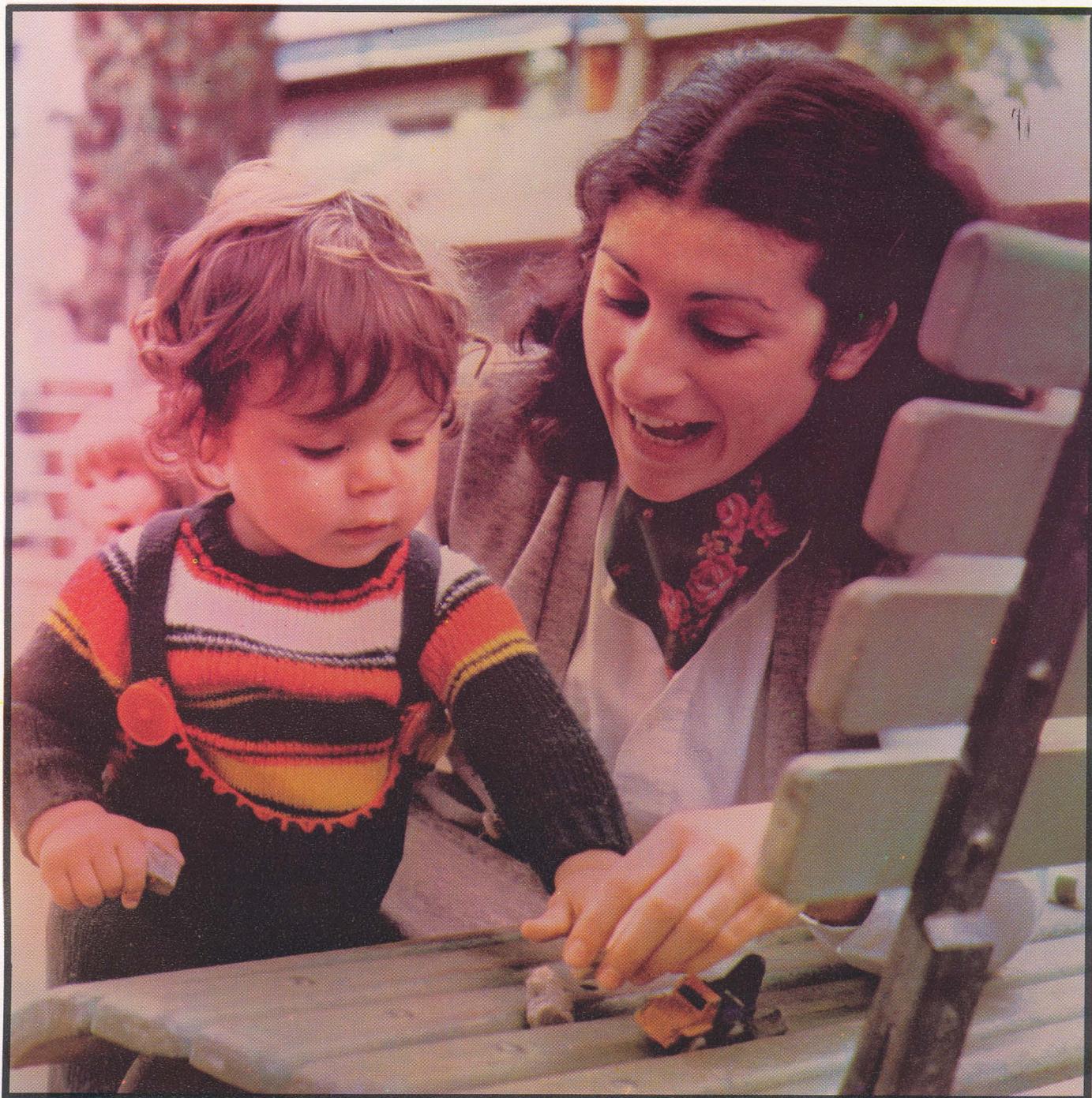
*“Te imagino ya, saliendo al jardín de la casa.
Tú sola... o con lo que venga.*

No creas que hay muchos pisos como el nuestro.

Y yo quería que tú y yo viviésemos en uno de ellos.

*Cuando dí la entrada para la casa, me sentí... seguro
de mí mismo, y seguro de que íbamos a ser muy felices.*

Siempre. Y todo, gracias a nuestros ahorrillos.”



**Caja Insular de Ahorros
de Gran Canaria**

Ahorrar es conseguir.

“Veinticinco años juntos. Han sido tiempos de esfuerzo y hasta de sacrificios. Te has dedicado a nuestros hijos y has escuchado con la boca abierta el relato de sus aventuras en ciudades que a ti te parecían de otro planeta. Por eso he comprado los billetes. Y no protestes. Para eso están los ahorrillos.”



**Caja Insular de Ahorros
de Gran Canaria**

Ahorrar es conseguir.